

# FILOSOFÍA PERSONALISTA Y COMUNICACIÓN INTERPERSONAL

Por Emilio Barreto



Roland Barthes

## I

A la manera de Roland Barthes (1915-1980) no he hallado otro pensador que consiga una fusión tan jubilosa entre la comunicación social de ribetes secularizantes y la filosofía del personalismo, de fuerte inspiración cristiana. Dice Roland Barthes: “Cada día estoy más persuadido, tanto al escribir como mientras estoy enseñando, de que la operación fundamental de este método de despegarse es la fragmentación cuando se escribe y la digresión cuando se explica, o, para decirlo con una palabra deliciosamente ambigua, la excursión”. La cita de Barthes aparece en uno de sus últimos libros: Incidentes, una compilación de crónicas impresionistas lindantes con el ensayo, que devoré con deleite en una bella edición de la casa española Anagrama. El fragmento aparece en el prólogo a cargo del crítico y ensayista Jordi Llovet.

Si con mucha brevedad apeláramos a los análisis semánticos de Umberto Eco en Seis paseos por los bosques de la narrativa, un volumen ensayístico rayano en la exquisitez, procederíamos a un deslinde de términos. (Umberto Eco es conocido como uno de los líderes de la inteligencia laica. A la postre, y lo más importante, es otro de los pensadores del presente cuyo empeño mayor es propiciar la comunión entre la cultura y el hondón del ser, como gusta decir monseñor Carlos Manuel de Céspedes García-Menocal, o sea, la capacidad de discernimiento en pos del sentido común.)

Veamos. Para Barthes, tanto en la escritura como en la docencia, lo más importante es la entrega. Esa entrega, en el proceso de redacción se constituye en un método: despegarse, esto es, un separarse de sí mismo, es decir, del yo para entregar ese yo al tú, que es el otro, o el prójimo. De modo parecido sucede en la docencia. Aquí la palabra clave es digresión. Las buenas conferencias o clases de nivel universitario están llenas de tics que, si bien conllevan un estiramiento de la materia causado por las digresiones, no es menos cierto que, aprovechados, ofrecen un legado en lo tocante a conocimientos, personalidad y talante magisteriales. Esto, al final de la jornada no ha sido otra cosa que una excursión doble: la del profesor que entrega una amalgama de criterios puntuados por la sabia erudición y la del estudiante que no bostea, no duerme o no mira para los costados porque se ha entregado al mundo del conocimiento. Se ha establecido una comunicación. Esa es la convivencia amorosa entre el yo y el tú. El yo ha dejado de ser únicamente yo para abrirse al tú, porque necesita la aceptación de ese tú en la gestión de crecer para llegar a la plenitud del yo. La armonía en la relación yo-tú es un entramado que tironea cada día más a la sociedad contemporánea. Esto requiere explicaciones.

## II

El personalismo es la filosofía que se ocupa de esos menesteres. Para muchos –me incluyo en esa cantidad indefinida–, el personalismo es algo más que una filosofía con un enfoque sistémico. Se trata, más bien, de una corriente de pensamiento cuyo núcleo es la persona. Para el personalismo, la persona es un ser subsistente y autónomo pero, en esencia, es un ser social y comunitario; un ser libre, tendente a la trascendencia, con un valor en sí misma que le libra de la discapacidad del ser como objeto. El personalismo también afirma que la persona es un ser moral, plenamente apto para el amor, para realizar acciones con el objetivo de actualizar sus potencialidades y para, finalmente, autodefinirse, pero sin perder de vista su propia naturaleza: la del poder limitado. (De ahí, entre otras razones, su fuerte raíz cristiana.) La esencia como ser social y comunitario, así como la capacitación para el amor, son las propiedades que promueven al personalismo como corriente de pensamiento propositiva en asuntos de diálogo, esto es, de comunicación.

**La esencia como ser social y comunitario, así como la capacitación para el amor, son las propiedades que promueven al personalismo como un humanismo propositivo en asuntos de diálogo, esto es, de comunicación.**

Inmanuel Kant aportó al personalismo una intuición (“considera a tu propia persona y a la de los demás siempre como un fin, nunca sólo como un medio) contenida –y por ende desbordada– en la segunda formulación de su

imperativo categórico. Esta noción, posteriormente, fue la base de postulados de varios autores del personalismo que comprendieron la justa ubicación de la persona humana como centro de la reflexión, esto es, con un valor omnímodo y sustancialmente distinto de las cosas. La persona constituye una ponderación determinante para adecuar el actuar del hombre. Ello frena, evita, el exceso de subjetivismo.

Es saludable marcar el inicio del auge de esta corriente de pensamiento pasado un tiempo después de la arrancada del siglo XX y, dentro de él, como respuesta a varios fenómenos socio-político-culturales que hoy buscan y consiguen redimensiones espeluznantes, muy necesitadas de una contraparte dotada de eticidad. Esos fenómenos son: la aparición y el desarrollo del capitalismo; con él la fascinación por el consumo como filosofía de vida y el esplendor de los medios de comunicación masiva.

Ambas inmanencias del capitalismo se ocuparon de conformar a la sociedad emergente desde el temprano siglo XX. A fines del XIX la sociedad todavía era de públicos: se hallaba respunteada por los públicos de elite, acaso matizados por la tenencia de sentido común. El regodeo masivo por y en el consumo, concretado en la asistencia diaria de las masas a los grandes almacenes a comprar y en la acción manipuladora de los mensajes mediáticos inoculados en las conciencias por la Teoría hipodérmica, compusieron la mutación del concepto de ciudadano en “hombre masa”. La sociedad sería llamada “sociedad de masas”.

Transcurrido poco más de un tercio del siglo XX, en el período entreguerras, el filósofo español José Ortega y Gasset, a quien traigo a colación citado por comunicólogos y teólogos de la Pontificia Universidad de Comillas, describió las causas, las características y las consecuencias de este tipo de sociedad. “La masa es el juicio de los incompetentes”, diría el notable filósofo español. Entramos en la sociedad de masas y todo esto sucede con el respaldo absoluto de los medios de comunicación que van a contribuir, según algunos –por ejemplo Umberto Eco en Apocalípticos e integrados (1965)– a masificar más la sociedad. Por eso, desde entonces, a los medios de comunicación también se les llama medios de comunicación masiva.

Al fanatismo de la sociedad de consumo es justo añadir la aparición de dos nuevos ismos que diseñaban instrumentalizaciones mediáticas y de otros tipos para actuar sobre las conciencias: el stalinismo y el nazifascismo. Es precisamente aquí donde comienza la irradiación de las ideas del personalismo: como medio para agilizar propuestas de acción inclinadas en todo momento hacia los problemas del ser personal y social. Se trataba de resaltar la noción de persona, el encuentro personal con la mismidad y con la otredad, los valores trascendentes, el derecho a la subjetividad. En fin, se construía un discurso en torno y al centro de la libertad personal. Aquello era una tarea que requería una laboriosidad enorme.

Superada la intuición aportada por la segunda formulación del imperativo categórico kantiano, los personalistas atisbaron los aportes del filósofo danés Soren Kierkegaard, de indudable espiritualidad cristiana, quien apuntó que la libertad no es “alcanzar esto y aquello en el mundo, de llegar a ser rey y emperador y a vocero de la actualidad, sino la libertad de tener en sí mismo conciencia de que él –se refiere al hombre– hoy es libertad”.

Bien entrado el siglo XX: años de plena construcción y divulgación del personalismo, se dieron a conocer filósofos como Jacques Maritain y Emmanuel Mounier, ambos franceses. A Mounier se le puede acreditar la génesis de la relación yo-tú. Para Mounier, la persona no crece más que purificándose del individuo que hay en ella. A través de esa purificación la persona alcanza a reivindicarse como ser concreto y por ello relacional y comunicativo, esto es, comunitario. Mounier esbozó cinco puntos que son imprescindibles para el desarrollo de una sociedad personalista y, por ende, comunitaria. De ellos, reproduzco el primero: “Salir de sí mismo”. Quiere decir luchar contra el amor propio. (El amor propio es lo que la sociedad del postmodernismo ha ido transmutando en egocentrismo, narcisismo e individualismo.)

Después tenemos a Maurice Nédoncelle: a mi juicio el más apasionado y meticuloso de los pensadores personalistas. Nédoncelle se esmeró en trabajar el concepto yo-tú. A esto le llamó diáda yo-tú, presupuesta a la otra diáda: la del sujeto-objeto. Porque la primera es bilateral, o sea, recíproca. “Para tener un yo –afirma Nédoncelle– es preciso ser querido por otro yo y, a su vez, quererle; es preciso tener una conciencia, al menos oscura, del otro y de las relaciones que unen entre sí los términos de esta red espiritual que es el hecho primitivo de la comunión de las conciencias... Otro no significa no-yo, sino voluntad de promoción del yo, transparencia del uno para el otro. Es una coincidencia de los sujetos, una doble inmanencia... Desde entonces se constituye o se revela una conciencia colegial, un nosotros”.



**Julián Marías**

A estas relaciones unió Nédoncelle a Dios como lo inmanente a la naturaleza humana. “La consolidación de las personas –concluye– y de su reciprocidad de amor sólo puede explicarse en Dios, el Tú por excelencia, el único capaz de dar consistencia a las personas y salvar su continuidad. Solamente en Dios es donde el orden de las personas tiene su objeto.” Reconocimiento de talante muy similar quedó plasmado en la filosofía de Emmanuel Mounier.

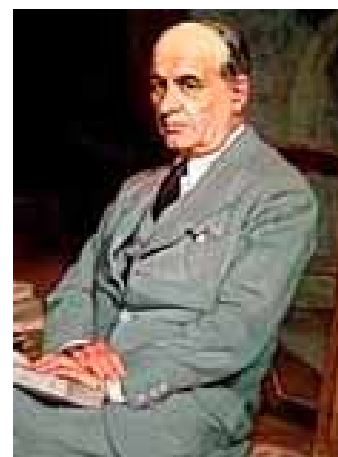
Finalmente llegaron personalistas de las tallas de Gabriel Marcel, quien se interesó en marcar la diferencia entre el ser y el tener, su eminencia el cardenal Karol Wojtyła, quien fuera de 1978 a 2005 el papa Juan Pablo II: filósofo y teólogo de obra vastísima que trabajó temas diversos como, por ejemplo: -) la persona como sujeto comunitario (este desde sus tiempos de arzobispo de Cracovia), -) la subjetividad de la persona, del trabajo y de la sociedad, y -) la norma personalista de la acción. Añádase a esta relación de personalistas el presbítero Romano Guardini (alemán descendiente de italianos), el español Julián Marías, alumno aventajado de José Ortega y Gasset, el francés Paul Ricoeur, y me atrevería a darle un espacio a monseñor Luigi Giussani, italiano, fundador del Movimiento Comunión y Liberación, entre otros.

### III

Hoy a la comunicación social suelen interesarle casi los mismos resortes que movieron y mueven al personalismo. El mundo ya no padece los ismos que alarmaban a los primeros personalistas. Aunque hoy el diagnóstico es otro, en asuntos de instrumentalizaciones mediáticas y manipulación de las conciencias, es inteligente reparar en la desmesura compulsada por la perversidad de los actos terroristas (concebidos para que reboten fuerte dentro del universo mediático), en el negocio del armamentismo y en la publicitación del belicismo como profilaxis. El segundo y el tercero sin duda insuflados hasta la desmesura y la impertinencia por los móviles irracionales del terror. Pero el foco real de infección se ha localizado en la comunicación a escala organizacional, esto es, en las instituciones. La bacteria es la misma, solo que ha realizado una mutación: ya no se trata de la manipulación de la persona por la instrumentalización mediática, sino del envilecimiento producido por un fenómeno social que los comunicólogos y los psicólogos especializados en las dinámicas de comunicación han dado en llamar SIH (Síndrome de Incomunicación Humana).

El SIH es, probablemente, otra de las secuelas del modelo de la comunicación social emitido en sentido unidireccional. Paradigma discriminador, a todas luces, moldeado por la inflexibilidad de la Teoría hipodérmica, el SIH se caracteriza en lo fundamental por: -) el exceso de verticalidad en la comunicación, -) una separación absoluta, infranqueable, entre los actores de la comunicación, divididos estrictamente en emisores y receptores, -) la presencia de una comunicación de marcada unilateralidad en el proceso de argumentación, esto es, la tentativa de hacer valer un único punto de vista, sobre el cual hay que inclinar al interlocutor-receptor, -) predominio de la dirección vertical de la información (de arriba hacia abajo). El SIH impera en todas las organizaciones de la sociedad y prolifera, lamentablemente, en dos niveles de la comunicación: el interpersonal y el grupal.

Los infectados con el SIH tienden a admitir la comunicación como el pleito que les aprueba testimoniar a los demás la genialidad y lo tangible de sus estrategias, “contenedoras” de la verdad absoluta. Por consiguiente, el portador del SIH adopta una posición ante los interlocutores como de competidor en un desafío de honor para el que es urgente desplegar la totalidad de los recursos en pos de obtener la victoria, o sea, persuadir al otro de que él es el dueño indiscutible de la razón. Para ello, no es imprescindible, ni tan siquiera importante estar al tanto de –y mucho menos comprender– la opinión del interlocutor tenido a menos. Lo trascendente es ser respetado. Para ello, la opinión del interlocutor visto como contendiente, recupera importancia con un solo objetivo, y este constituye un ardid: hay instantes de la comunicación, reducida a pugnacidad, en los que el enfermo de SIH se decide a oír a su contrincante –que no quiere decir escucharlo–, pero únicamente para medir cómo y por dónde van lo que él considera son ataques, cuáles son las debilidades del segundo y cómo pudiera él neutralizar mejor cada criterio.



**José Ortega y Gasset**

### IV

La comunicación es, de inicio, uno de los soportes cardinales de la interacción social. Es también un asunto actual en las relaciones humanas para facilitar el orden de las agrupaciones sociales. “Lo específico de la comunicación como género para facilitar la actividad humana –dice Lomov, citado por el doctor Julio César González Morales, profesor de la Facultad de Comunicación de la Universidad de La Habana, en el libro *Ambos. Autoexpresión y comunicación interpersonal en la organización* (Ediciones Logos, de la Asociación de Comunicadores Sociales. Año 2005)–, consiste en que en ella se realiza la relación sujeto-sujeto”. Y eso tiene mucho de empatía con el personalismo. Veamos.

La persona pasa a ser sujeto de la comunicación, no solo como derivación de haberse incorporado a una relación de carácter informativo con una o varias personas; también lo es cuando se inserta con alguna regularidad en reciprocidades comunicativas con los demás. En ellas aporta discernimientos que ha construido o que comparte con otros –y ya de paso los hace suyos. La comunicación se completa, se cuaja, se forja, cuando el sujeto de la comunicación recibe animadamente los puntos de vista de las otras personas erigidas, a la sazón, en los otros sujetos de la comunicación. Esa integración de pensamientos, que en el presente conocemos como cultura de diálogo, es lo que conduce a la generación y posterior conformación de un pensamiento práctico para la solución cooperada de asuntos de cualquier índole dentro de la comunicación en la organización. La interacción sujeto-sujeto, en el contexto de la comunicación, prepara un proceso a completar en dos tiempos: primero, adecua el careo y, segundo, alinea un punto de vista colaborado, que no necesariamente acarrea la evaporación de las razones personales, sino que fomenta la convivencia de las razones personales con las grupales.

La relación sujeto-sujeto clama por la apertura del yo hacia el tú planificada como la excursión que solía emprender Roland Barthes hacia la conciencia de cada uno de sus estudiantes. La excursión: ¡con qué palabra tan bella definía Barthes el comienzo de la comunicación por medio de la actividad informativa! Lo informativo es el paso iniciador de la comunicación: el que prepara el camino para que el receptor o destinatario de la información pase a formar parte activa de la emisión de mensajes. Así se establece la comunicación con un sentido horizontal en dos direcciones. Primero que todo, comunicación viene de comunión. (Y esta, a su vez, del latín *communis*.) La comunión es una común unión. Por ello, la comunicación procura la corrección de discapacidades en torno al diálogo. El diálogo, por su parte, es inmanente a la cultura de las sociedades contemporáneas, prestas a rediseñarse como consecuencia del impacto de las nuevas tecnologías de la información. ¡Cuánto de talante primero informativo y luego comunicacional demanda la apertura de un interlocutor a otro por medio de las nuevas tecnologías, sobre todo cuando nunca se han visto cara a cara! La interrogante me traslada, irremisiblemente, a la excursión de Roland Barthes. Más o menos así debería sucederle a cuanta persona se proponga una inserción noble en el ruedo de la comunicación.

#### Bibliografía

Wikipedia, la enciclopedia libre.htm

#### Nota

El autor agradece al licenciado Lenier González Mederos, miembro del Consejo de Redacción de esta revista, el encargo de este artículo.